

que, por medio de su heroica empresa, recibieron el beneficio de la fe. Pero, como ya hemos visto, Colon sólo encontró el espíritu de una mujer capaz de leer su propio espíritu y de ver en él lo que el espíritu de ningún hombre había visto; Colon sólo encontró en el corazón de una reina los auxilios y los socorros necesarios á su grande misión, que tantos Reyes le habían negado. Y en verdad que la gran mujer, la gran reina, que la Historia designa con el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, era la única digna de comprender el pensamiento tan católico de Colon y de ayudarlo á realizarlo. Nada, pues, nos impide de considerar también á esta sublime matrona como el misionero y el apóstol del Nuevo Mundo. Se ve, pues, que el más grande acontecimiento que cerró la Edad Media, y dió principio á la nueva época de los tiempos modernos, fué imaginado por un gran hombre y realizado por el concurso de una gran mujer. De este modo la mujer católica, en la persona de Isabel la Católica, contribuyó al principio de los tiempos modernos, lo mismo que lo ha hecho siempre, á la propagación del Catolicismo. Esto consiste en que en cuanto concierne al Catolicismo, la mujer católica, por su instinto de fe y por su corazón, discurre mejor que el hombre con las luces de su ciencia y de su entendimiento.

mente nuevo, que los últimos esfuerzos de Satanás para impedirle que fuese á destruir su antiguo imperio en aquellas comarcas, dijo á su gente: «Nada temais; vais á ver que esto concluye al momento.» Y sacando su espada, con el tono majestuoso é imponente de la voz de Dios, que le inspiraba, dijo: «En el nombre de Dios, Redentor y Señor del universo, te mando, Satanás, que te retires y me dejes el paso libre, para que vaya á enarbolar su cruz en esas tierras.» Al mismo tiempo que pronunció estas palabras hizo con su espada tres grandes cruces sobre la horrorosa nube que iba á sumergir sus naves, y en el instante mismo el viento cesó como por encanto, el mar se apaciguó, la borrasca desapareció y el tiempo se serenó completamente, de modo que pudo arribar á las islas y tomar posesión de ellas.

§ LVII.—Prosiguen las grandezas de Isabel la Católica.—Fernando, su esposo, no era otra cosa que el ejecutor de sus grandes pensamientos.—Sus cualidades militares en la guerra contra los moros, á quienes arrojó de toda España.—Retrato del cardenal Jimenez de Cisneros.—Lo que la España y la Europa deben á Isabel por haber conocido y hecho valer á este hombre extraordinario.—Los tres hombres más grandes de la época sostenidos por ella y menospreciados por el rey Fernando.—La conquista de Oran, y su importancia.—Magnífico retrato que muchos grandes historiadores han hecho del alma sublime y santa de *Isabel la Católica*.

Pero su cooperación al descubrimiento del Nuevo Mundo no es el único mérito que recomienda altamente á Isabel la Católica al reconocimiento del Catolicismo, de la Iglesia, de España, de Europa y del mundo entero.

Ya hemos visto que en la época de los emperadores, y más aún en la Edad Media, los reinados de la mujer católica eclipsaron la gloria y el esplendor de los más grandes reinados de los hombres. Lo mismo ha sucedido en los tiempos modernos. El reinado más fuerte, más poderoso y más glorioso de estos tiempos ha sido ciertamente el de los Príncipes de España á fines del siglo xv y á principios del siglo xvi; y este reinado fué tan grande y tan admirable por la piedad y el genio de una mujer: Isabel la Católica.

Fernando V, su esposo, era hijo de Juan II, rey de Aragón, é Isabel era hija única de Juan II, rey de Castilla. Su matrimonio, por consiguiente, reunió los Estados de Aragón á los de Castilla, pero sin confundirlos. Fernando é Isabel estaban íntimamente unidos como esposos, pero como príncipes gobernaban separadamente los dos reinos. Pero habiéndose manifestado despues en todo su esplendor el genio gubernamental de Isabel por el modo con que gobernaba sus pueblos, conoció Fernando que no podía hacer cosa mejor que seguir la gran política de su admirable esposa en el gobierno de sus propios Estados; y bien pronto los dos reinos no formaron más que uno solo, en el que no hubo más que un solo soberano, de derecho y de hecho, que fué Isabel. Todas las empresas que ilustraron el reinado de estos príncipes fueron pensamientos magníficos del sublime talento de esta gran matrona, y se llevaron á efecto por su dirección, por su firmeza y por su valor.

Fernando no tenía más que la ejecución, é Isabel era quien



daba la idea; Fernando era la mano derecha, la espada del reino; pero Isabel era la cabeza, el alma y el consejo de él. Hubiérase dicho que Fernando era la mujer, la Reina de aquella gloriosa monarquía, y que Isabel era el hombre, el Rey de ella. Después del gran Recaredo, á Fernando es á quien más debe la España; porque si Recaredo fué el fundador, Fernando fué el restaurador y el salvador de la monarquía y de la nacionalidad católica de este grande é interesante país; y si Recaredo lo libró del yugo de los arrianos, que lo habian oprimido por espacio de ciento ochenta años, Fernando lo libró del yugo de los sarracenos, que lo habian asolado por espacio de ocho siglos. Pero así como á las inspiraciones de su santa mujer debió Recaredo sus glorias y sus triunfos sobre la herejía, de la misma manera, y aún mucho más, á la elevada inteligencia y al gran corazón de Isabel debió Fernando los suyos sobre el mahometismo.

Los sarracenos, combatidos constantemente, por espacio de ocho siglos, por todos los soberanos católicos de España, desde Pelayo I, no poseian en ella más que el reino de Granada; pero la posesion de esta provincia los hacia dueños absolutos de todo el mediodía de la Península y enemigos formidables del resto de ella. Con la ayuda de un gran número de apóstatas y de renegados que acudian de todas partes á Granada á escudarse con la sombra de la media luna, los moros eran todavía bastante fuertes para amenazar continuamente con volver á hacerse dueños de sus antiguas conquistas. Pues bien, Isabel fué quien, sola entre los principes cristianos de su tiempo, fiel al espíritu de las Cruzadas, concibió la idea de arrojar aquellos bárbaros de su último atrincheramiento y librar para siempre de ellos á España; y esta cruzada, dirigida por una mujer, fué más feliz que otras muchas cruzadas dirigidas por los hombres. Antes de abrir su primera campaña, solicitó para su empresa la bendición y el apoyo de la Santa Sede apostólica, que no le faltó. Los soberanos pontífices Sixto IV é Inocencio VIII le concedieron toda especie de auxilios, y ordenaron en su favor rogativas públicas en toda la Iglesia. Siempre á caballo, á la cabeza de sus ejércitos, ella era quien dirigia los combates con sus consejos, y excitaba el entusiasmo de los combatientes con su piedad y con su valor. En el sitio de Málaga estuvo en peligro de ser muerta, en compañía de su regio esposo. Tocando la guerra de Granada

á su fin por los rápidos y brillantes triunfos de las armas españolas, bajo la direccion de una mujer, el soldan de Egipto hizo saber á Fernando que si no renunciaba á la conquista de Granada haria pasar á cuchillo á todos los cristianos, que se encontraban en gran número en sus Estados. Aterrado Fernando por esta terrible amenaza, queria retroceder; pero Isabel reanimó su valor y le obligó á continuar la lucha, aconsejándole que respondiese al tirano de Egipto que si se atrevia á hacer el menor daño á los cristianos que se hallaban bajo su dominio, no tendria consideracion alguna con los mahometanos de España, y esta respuesta tuvo el más feliz resultado. Caminando de victoria en victoria, después de haber conquistado treinta plazas fuertes y otras tantas ciudades, además de las que se habian entregado sin resistencia, se halló al fin la gran Reina acampada en los alrededores de Granada con toda la flor de la nobleza española, que ella habia traído bajo su bandera. En este famoso sitio fué donde ella, como otra Juana de Arco, desplegó toda la grandeza de su alma y toda la energía de su carácter.

En esta ocasion, y á vista de ella, fué cuando el gran Gonzalo de Córdoba hizo prodigios de valor, y cada uno de los guerreros se señaló con numerosas hazañas; de modo que, no pudiendo los moros sostenerse por más tiempo, entregaron á Granada, después de haberla ocupado por espacio de setecientos ochenta y nueve años. Isabel hizo en ella su entrada solemne á caballo, en compañía de su esposo, el día de los Reyes ó de la Epifanía del Señor. Su primer pensamiento fué el de hacer quitar la media luna de donde quiera que se hallaba, y sustituir en su lugar la cruz. Por esta conquista, que llenó de gozo á todo el mundo cristiano, todos los reinos que se habian ido formando y extendiendo sucesivamente en las diversas provincias de España se hallaron reunidos bajo el poder de Isabel y de Fernando, que tomaron en comun el título de *reyes de España*. Y como á Isabel es á quien atribuyen todos los historiadores esta conquista, lo mismo que el descubrimiento del Nuevo Mundo, debe, por consiguiente, España á una mujer su unidad política.

El mayor bienhechor, la mayor gloria de España y aún de Europa, la más admirable figura del principio de la historia de los tiempos modernos, que brilló con el más vivo resplandor, aún al lado de Cristóbal Colon y de Isabel la Católica, fué sin contradic-



cion el cardenal Jimenez de Cisneros. Siempre pobre religioso de San Francisco, aún en el tiempo en que ocupó la más rica silla de la cristiandad; gran teólogo y hombre de Estado de primer orden; instruido en todas las lenguas antiguas, y muy versado en la literatura moderna, reformador de las Órdenes religiosas y hábil gobernador de los reinos; hombre de consideracion y de piedad, y conquistador terrible; terror de los moros, á quienes sometió con sus armas, y apóstol de los moros, á quienes convirtió con sus predicaciones; cardenal de la santa Iglesia romana, y dueño de los destinos del más grande Imperio del mundo; reuniendo en su persona todas las grandezas y todas las dignidades, y bastante modesto para temer sus cargos, bastante hábil para ejercer perfectamente todas sus funciones, y bastante concienzudo para cumplir todos sus deberes; genio vasto, en el que los más grandes proyectos se sucedian con la rapidez del pensamiento, y por el que se realizaban con toda la perfeccion del orden; espíritu múltiple, que admiraba al mundo con la inmensidad de sus empresas y con la facilidad de su ejecucion; alma grande y superior á todas las miserias del amor propio, que sabía temperar la severidad con la dulzura, el arrojo con la prudencia, la autoridad con la bondad y la elevacion del rango con la modestia; demasiado hábil para deshacer todas las maquinaciones, y demasiado generoso para no tomar jamas venganza de los calumniadores de su conducta ni de los enemigos de su existencia, el cardenal Jimenez fué uno de esos hombres prodigiosos que, á grandes intervalos, se digna Dios arrojar en medio de la humanidad, como relámpagos pasajeros de su poder y de su sabiduría. Pues bien, á este hombre extraordinario, á este resumen de todos los talentos y de todas las virtudes, fué tambien una mujer, la misma reina Isabel, quien lo sacó de bajo el celemin de la vida privada y lo colocó sobre el candelero para que iluminase al mundo y á la Iglesia.

Una de las cualidades esenciales de un buen príncipe es el arte de conocer los grandes hombres y sacar provecho de ellos. Isabel poseyó en el más alto grado este talento, tan necesario y tan raro en su posicion. Ver una sola vez á un hombre excepcional y conocerlo á fondo, y procurar atraerlo á sí y hacerlo hombre de su confianza, todo era uno para ella. Así fué que cuando, queriendo elegir un confesor, el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, le pro-

puso y le presentó al P. Jimenez, al primer golpe de vista conoció la Reina el talento, la noble alma que ocultaban los piés desnudos, la cabeza rasurada y el hábito tosco de San Francisco. Ella le estimó, y pensó tenerlo á su lado como el hombre más capaz de dirigir su conciencia y de comprender al mismo tiempo sus vastas ideas y de ayudarle á realizarlas. Jimenez, que conocia bien la gran responsabilidad de semejante eleccion, quiso renunciar el honor que ella le proporcionaba; su repugnancia sólo cedió á las repetidas instancias que se le hicieron, y á la condicion que él puso de que no le habian de obligar á dejar su convento y vivir en palacio; pero esto no impidió que la confianza de la hábil princesa le llamase al conocimiento de todos los negocios del Estado, hasta tal punto, que todos ellos fueron sometidos á su parecer ántes de ser presentados al Consejo. Habiendo muerto en este tiempo el arzobispo de Toledo, deseó el Rey esta primera dignidad de la Iglesia de España para uno de sus bastardos. Pero sabiendo Isabel que los beneficios eclesiásticos no son beneficios simples para darlos á los holgazanes, sino cargos delicados, que sólo deben confiarse á las virtudes y á los talentos experimentados, se opuso á ello con toda la energía de su voluntad, diciéndole: « Vos quereis honrar y enriquecer al hombre, pero yo quiero proveer el cargo; mi eleccion está hecha. El nuevo cardenal arzobispo de Toledo es el P. Jimenez, y no será otro más que él; yo acabo de dirigir su nombramiento al Papa, suplicando á Su Santidad que se digne obligar al candidato á que acepte; porque la única cosa que temo es ver á Jimenez renunciar esta dignidad, precisamente porque es digno de ella.» Isabel no se engañó. Un mes despues llegó un breve del Papa conforme en un todo á los designios de la Reina. Un dia en que Jimenez, despues de haber trabajado en los despachos de los negocios con ella, iba á retirarse, le dijo la Reina con un aire indiferente: « Á propósito, padre, ved aquí una carta del Papa para vos; leedla, y ved lo que se le ha de contestar.» Jimenez tomó de manos de la Reina el breve del Santo Padre, y acercándolo á su frente, lo besó; pero habiendo leído este sobre: *A su Señoría Ilustrísima el cardenal Jimenez, arzobispo de Toledo*, se quedó perplejo y no pudo ocultar su turbacion y su cólera sobre lo que él llamaba *una traicion* que se le habia hecho. La Reina, sin inmutarse, le dijo: *Vamos, padre, tened ánimo; no desmayeis; nadie os obliga á renunciar á vuestra profesion.*



*Dios os ha concedido lo suficiente para hacer de vos muchos grandes hombres consumados. El primer ministro de la corona de España no perjudicará en vos al cardenal arzobispo de Toledo, ni éste al religioso perfecto de San Francisco.* Jimenez no quiso oír la razón; se retiró bruscamente para ir á llorar, como él decía, su desgracia; y sólo despues de seis meses de órdenes reiteradas del Papa fué cuando se resignó á aceptar estas dignidades, que ilustró con tales virtudes y tales hechos, que forman, despues de cerca de cuatro siglos, la admiración de la Historia y una de las maravillas del mundo. Así, pues, una mujer, Isabel, fué quien comprendió, quien ayudó, quien manifestó en público é hizo valer, no sólo á Cristóbal Colon, el más grande marino, á Gonzalo de Córdoba, el más grande capitán, y á Hernán Cortés, el más grande conquistador, sino también al cardenal Jimenez, el más grande hombre de Estado de los tiempos modernos, y el príncipe y el modelo de los verdaderos hombres políticos cristianos. Ella fué quien dispensó á estos admirables personajes su alta protección, é hizo de ellos las glorias inmarcesibles de España y del mundo cristiano.

Esto es tan cierto, que á la muerte de esta admirable mujer estos grandes astros del mundo de las inteligencias parecieron eclipsarse y extinguirse con ella. Esto consistía en que Fernando, su esposo, hombre de una alma mezquina y de un espíritu apocado, y muy impresionable por los accesos de los celos de Estado y de las pequeñas pasiones, no pudo nunca comprender, y mucho menos perdonar, en los demás los talentos y la grandeza que no encontraba en sí mismo. Por consiguiente, lejos de sostener el mérito colosal de aquellos grandes hombres, no hizo otra cosa que rebajarlo y combatirlo con intrigas de baja especie ó con actos de una violencia tan repugnante como estúpida. Esta era demasiada luz para unos ojos enfermos.

En su tercer viaje habia descubierto Cristóbal Colon, á costa de grandes peligros, el continente del Nuevo Mundo, y habia enriquecido con él á España.

Todo el reconocimiento que le manifestó Fernando por ello fué destituirle de su virreinato, que tan bien lo habia merecido, y sustituirle con el indigno Bobadilla, que le envió cargado de cadenas á Europa. Como todo esto se habia hecho sin que lo supiese la Reina, por órdenes secretas del Rey, la noble señora se llenó de in-

dignación, le envió sus oficiales para que le consolasen y le dijese que se presentase á Sus Majestades. Ella le recibió con el más grande afecto; lloró por los tratamientos crueles que le habian hecho sufrir, y se compadeció de sus penas. El mismo Rey, avergonzado de haber vejado tan indignamente al héroe más grande de su siglo, aparentó participar de los nobles sentimientos de su esposa, y se excusó diciendo que habian traspasado sus órdenes. El grande hombre se postró á los piés de Isabel y los bañó de lágrimas de reconocimiento. Bobadilla, autor de sus males, fué llamado también y pereció en una tempestad; Colon fué repuesto en su dignidad y colmado de nuevos favores; pero estos favores cesaron bien pronto con la vida de la Reina. No existiendo ya Isabel para sostener á Colon, despues de su cuarto viaje fué recibido éste por el Rey con la mayor frialdad. El ingrato monarca se atrevió también á pretender que Colon renunciase todos sus cargos, pero el grande hombre no quiso consentir en ello. Se le desterró á Valladolid, donde murió, más bien que por sus enfermedades, por sus disgustos, con los sentimientos de piedad de un santo y con la paciencia de un mártir.

Gonzalo de Córdoba no fué más feliz para con el imbécil Fernando. Es verdad que no se le puso en prisiones, pero se le alejó de la corte y del ejército, y para deshacerse de él se le envió de virrey á Nápoles. De este modo le recompensó el rey por haberle conquistado de los sarracenos la mitad de España.

Finalmente, el mismo Jimenez de Cisneros no se libró más que sus compañeros en la grandeza de los efectos de la envidia rencorosa de Fernando. En vida de la Reina, no contento con haber contribuido poderosamente á librar la España de la dominación de los moros, quiso quitarles para siempre el deseo de volver á pasar el estrecho de Gibraltar, y como hábil político les llevó la guerra á la misma África. De acuerdo con Isabel, dispuso él esta expedición con tanto secreto y tanta habilidad, que se encontró con un ejército formidable y provisto de todo delante de Orán, aún antes que se hubiese podido sospechar que habia salido de España. El genio que la religión inspira lo sabe hacer todo, aún lo que no ha aprendido. El religioso Jimenez, á la edad de setenta años, al frente de un ejército y ante un enemigo tanto más poderoso cuanto que estaba en su país, desplegó tal talento militar, que sus generales se



llenaron de admiración y los moros de terror. La ciudad y la provincia de Oran fueron conquistadas en pocos días. Jimenez se preparaba para acometer á Argel con el mismo éxito, cuando, habiendo muerto la Reina, el innoble Fernando, celoso de los triunfos de su gran ministro, que se habia hecho un gran conquistador (¡cosa increíble y al mismo tiempo infame!), escribió secretamente á los generales para obligarles á hacer que Jimenez fracasase. Habiendo descubierto el grande hombre la trama, ántes que correr el peligro de pelear con un ejército que su propio rey acababa de desmoralizar, se volvió á España, diciendo: «No es digno de que la gloria de la conquista de África vaya unida á su nombre.» ¡Oh, si Isabel hubiese vivido algunos meses más, ó si Fernando hubiese sido Isabel! Mientras que Cristóbal Colon conquistaba á la España y al Cristianismo la América idólatra, Jimenez y Córdoba les hubieran conquistado el África mahometana. Así fué como, por la estupidez de un rey, fracasó la empresa más útil y más gloriosa, despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, para España y para todas las naciones cristianas, y que tan bien habia comenzado bajo el reinado de una Reina. Pero la obra de la alta inteligencia y del gran corazón de Jimenez y de Isabel no se perdió de todo punto. Los españoles conservaron por espacio de tres siglos la conquista de Oran, y sólo la perdieron de resultas de la revolución francesa. Y durante estos siglos la ocupación de Oran ha sido un atrinchamiento para España, que le ha puesto al abrigo de las invasiones de los musulmanes. Y aún al perder España esta prodigiosa conquista, enseñó á la Francia el lado vulnerable de las potencias berberiscas del Mediterráneo, é indicó y preparó el camino para la conquista de África; grande y prodigioso dón que la Francia hace á la civilización cristiana, sometiendo á ella la barbarie musulmana, en tanto que le hace otro, no ménos grande y precioso, sometiendo á ella la barbarie cismática.

Así, pues, España debe á una mujer los tres hombres que más la ilustraron, la conquista de Granada, de Nápoles, de Oran, de las islas Canarias y del Nuevo Mundo, es decir, la extensión fabulosa de sus dominios y los tres siglos siguientes de poder y de gloria de su monarquía, que sólo perdió ella cuando las mujeres colocadas en el trono parece que renunciaron á la noble ambición de ser otras Isabeles, y cuando la gran política del Catolicismo fué reem-

plazada por la política pagana de la revolución. Ved aquí el retrato que ciertos autores graves han trazado de esta mujer sublime:

«A las gracias y á los atractivos de su sexo, dice M. Desormeaux, unia Isabel la grandeza de alma *de un héroe*, la política profunda y hábil *de un ministro*, las miras *de un legislador*, las cualidades brillantes *de un conquistador*, la probidad *de un buen ciudadano* y la exactitud *del magistrado más íntegro.*» Este es, como se ve, el retrato acabado de un soberano grande y perfecto, de que la Historia nos ofrece muy pocas copias. Se le echa en cara haber sido dura, orgullosa y celosa de su autoridad. Mas estas cualidades, bien reflexionadas, dice Feyer, no eran defectos en las circunstancias y en las miras de la Reina, y ellas fueron tan útiles á su patria, como sus virtudes y sus talentos. Se necesitaba una princesa semejante para humillar á los grandes, sin hacer que se rebelasen; para conquistar á Granada, sin atraer toda el África sobre España; para destruir los vicios y los crímenes de su reino, sin exponer la vida y la fortuna de los hombres de bien (Art. *Isab.*). M. Rohrbacher, por su parte, ha trazado el cuadro siguiente del espíritu de esta prodigiosa matrona: «Isabel se mostró *un verdadero rey* desde los primeros años de su reinado. Casi siempre á caballo, á la cabeza de sus tropas, se ocupaba ella misma en el despacho de todos los negocios, trabajaba con sus secretarios mucha parte de la noche y daba con frecuencia audiencias públicas. Á las gracias de su sexo unia la grandeza de alma, una política profunda y hábil, la integridad del magistrado y las cualidades del conquistador. Ella se encontraba siempre en el consejo. Fernando no reinaba en su lugar, sino que ella reinaba con Fernando. Orgullosa, noblemente ambiciosa, celosa de su autoridad hasta el exceso, miraba con repugnancia los medios inmorales y mezquinos; ella se vengaba con franqueza, perdonaba con sinceridad, conocia los talentos, no temia las virtudes y se mostraba mucho más celosa de su deber que de su poder, que ella afirmaba con tanta constancia y tanta habilidad. En su vida privada era dulce, modesta y amable. Todas sus grandes cualidades estaban santificadas por la piedad más tierna» (tom. XXII, pág. 15). El cardenal Jimenez, cuando supo su muerte, exclamó, lleno de dolor y de admiración: «Jamás verá el universo una soberana de una grandeza de alma tal, de una pureza de corazón tan grande, de tanto fervor y de tanta solicitud



por la justicia. » Finalmente, Pedro de Anghiera, jefe de la escuela del palacio para la instruccion de los nobles jóvenes, que habia sido testigo de la vida y de la muerte de Isabel, dice igualmente que España perdió en ella el espejo de la virtud, el refugio de los buenos y las espada de los malos; que en toda la Historia no se encontraba ninguna mujer (podia haber añadido que ningun hombre) que reuniese en igual grado las grandes cualidades de soberana y la santidad de la vida, y que, exceptuando á la Santísima Virgen, ninguna mujer de la tierra la aventajaba en la pureza de corazon. (El cardenal Jimenez.)

En efecto, aún en el campo de batalla, pasaba ella muchas horas de la noche en piadosas lecturas, en meditaciones y en oraciones, lo cual, en el sitio de Granada, fué causa del incendio de su tienda, del que ella escapó por milagro; pero que, habiéndose comunicado á una aldea contigua al campamento, la redujo á cenizas. Esta desgracia fué reparada muy pronto por la gran Reina. En el lugar de la aldea incendiada se levantó una ciudad, que existe todavía, y que, por causa de la piedad de la fundadora, recibió el nombre de Santa Fe. Al fervor de su piedad sólo excedia su celo por la propagacion de la religion católica. Este celo por extender en España, no tanto su reino, como el reino de Jesucristo, le inspiró la idea de arrojar de ella el mahometismo, y la constancia prodigiosa que manifestó, haciéndole la guerra más obstinada por espacio de diez años. Este celo lo manifestó ella por el esplendor de tantas obras maravillosas, y por él mereció por parte de la Santa Sede el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, que le confirmó Inocencio VIII y que le confirmó Alejandro VI, extendiéndolo á su esposo y á todos los reyes de España sus sucesores. Y jamas ha sido este título más bien merecido ni más dignamente sostenido. Él es la verdadera causa de las grandezas y de las glorias de Isabel. Ella fué una gran reina, porque fué una gran católica. La mujer no es grande ni gloriosa sino por la santidad del Catolicismo.

§ LVIII. — San Cayetano Tieneo, enviado por Dios para indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que le habia hecho sufrir Lutero. — El Concilio de Trento, lo mismo que la *reforma del clero* y todas las fundaciones de las diversas órdenes de *clérigos regulares* y de todos los establecimientos de piedad y de caridad de su tiempo, fueron pensamiento y obra suya. — Todo el bien que de tres siglos á esta parte se hace en la Iglesia se remonta hasta él; y este grande hombre, instruido por una santa mujer, fué ayudado tambien en todas sus obras por santas mujeres. — Observacion general sobre la mujer católica, mártir de los tiempos modernos.

En tanto que el genio de Colon descubria la América, donde la Iglesia debia encontrar un número de hijos mayor que el que la apostasia de Lutero habia de separar de su seno, mandó Dios otro grande hombre para que detuviese los progresos de este mismo heresiarca, é hiciese florecer la fe católica en Europa. Éste fué San Cayetano Tieneo, que nació en el mismo tiempo que Lutero, y á quien el célebre arzobispo de Milan y de Narbona, el cardenal de Este, haciéndose eco del Soberano Pontífice y de la Iglesia, proclamó *el hombre que la divina Providencia envió entonces del cielo para contener los proyectos infernales* y la audacia desenfrenada de Lutero. (*Ad effrenam Lutheri audaciam compescendam, de celo missus.*) Nada es más cierto que esto.

Nada diremos del celo ardiente por la salvacion de las almas que inflamaba á este gran apóstol del siglo XVI, y que le valió, de parte de los pueblos, el bello nombre de *cazador de las almas* (1). No es éste el lugar de hacer el elogio de sus virtudes. Sólo queremos consignar aquí el importante papel que desempeñó en la Iglesia para contrarestar á Lutero.

El gran Concilio de Trento, que, con su *verdadera reforma*, dió un rudo golpe á la *mentida reforma* de Lutero, y contuvo sus progresos, fué pensamiento y obra de San Cayetano. Él fué quien formó este proyecto, y quien animó é impulsó al Soberano Pontífice á llevarlo á efecto (*Magenis, in Vita*); él fué quien, con sus buenos oficios respecto á los soberanos católicos, removié todos los obstáculos y facilitó su ejecucion. Segun San Cayetano, cuya sagacidad de espíritu estaba á la altura de su grandeza de corazon, el Concilio era el úni-

(1) «Proximorum salutis, assidua cura incumbat: dictus propterea *venator animarum*.» (*Brev. Rom.*, 7 Aug.)